

ponerse de acuerdo que aquello no era sino efecto de los nervios alterados.

Al entrar á otra cantina, oyó claro, pero clarito, que le decían: "palabra de honor de no pisar una cantina;" pero se dijo: "estoy muy nervioso." Al pedir una copa, recibió un golpe cariñoso en el carrillo, que lo hizo palidecer de nuevo, pero todavía tuvo valor de dominarse y repitió su pedido; pero entonces su terror llegó á lo inverosímil, pues el cantinero no bien hubo tomado en sus manos la botella, cuando sintió tan fuerte apretón en el brazo, que serio y resuelto dijo: "no sirvo esas copas."

El demonio, quiero decir, los amigos, resolvieron entonces comprar algunas botellas en una tienda é ir las á vaciar en la casa de uno de ellos, que vivía en una de huéspedes, pues no tenía familia, ó vivía como si no la tuviera. Aceptaron todos, no con entusiasmo pues les había preocupado lo sucedido; pero sí, no queriendo ser *menos* que los demás, y se cuotizaron para hacer la compra, que llevaron á efecto.

Llegados al alojamiento de aquel amigo, cerró éste la puerta con la doble vuelta de la llave y procedió á destapar la primera botella, colocando las otras encima de una mesa; pero apenas la dejó un momento, cuando con asombro, mejor diré con espanto de todos, vieron que aquella botella, y después otra, y luego otra, y luego todas, salieron por el balcón y caían en medio de la calle, regándola con su nocivo contenido.

"Esto es incomprensible, dijeron; hoy no insistamos más, pues está visto no podremos beber. Vámonos á trabajar." Y ligeros, pero muy ligeritos, se despidieron todos, yéndose á sus respectivas labores que, á no ser por D. Homobono, habrían abandonado aquel día.

Junto con ellos salió D. Homobono, bendiciendo á Dios, y se dirigió á sus ocupaciones, no sin haber tirado el cigarro á tres ó cuatro chiquillos que encontró á su paso; habiendo igualmente arrebatado de las manos á un jovencito una novela llena de immoralidades que curiosamente iba hojeando, y otros *pequeños* bienes que hizo.

En la noche de aquel día recibió una visita: nuestro joven, que, más pálido que otras veces, deseaba hablarle y consultarle.

Le refirió cuanto le había pasado, le preguntó qué explicación habría en todo aquello, y D. Homobono, oyendo todo, como si lo ignorara, le dijo: "La voz que oíste es la voz de tu conciencia, y el poder que te quitó la copa de los labios y arrojó al arroyo las botellas, se llama "fuerza de voluntad." Procede siempre como debes; no olvides que Dios te ve en todas partes y lograrás vencerte, siendo feliz en ésta y en la otra vida.

CASIANO.

Muchos libros contienen veneno para el alma, por lo que con justicia se les prohíbe.

Hallándome cierto día en una casa de campo, trabamos conversación con su dueño acerca de un libro malo que alcanzaba por entonces cierta celebridad.

—¿Lo ha leído Ud.? preguntóme mi interlocutor.

—Yo, no; porque no puedo, según el juicio de personas autorizadas.

—Ha hecho Ud. mal, amigo mío; es preciso verlo todo.

Iba á oponer la debida réplica, cuando, providencialmente sin duda, entró un pastor con un cesto de magníficos hongos. Mi amigo, que era aficionadísimo á ellos, los observó y olió, y luego me dijo con aire poco satisfecho:

—¿Qué le parecen á Ud.?

—¿A mí me lo pregunta Ud.? repuse: más razonable es pedir el parecer á la cocinera, que es juez competente en la materia.

Requerida ésta, declaró que los hongos eran venenosos; por lo que mi amigo dispuso fuesen inutilizados.

—Excuse Ud., querido, le dije; primero debiera Ud. probarlos.

—Pero, ¿y si fuesen nocivos?

—No, no; es preciso hacer experiencias de todo. ¿No me lo acaba de decir ahora mismo?

—¡Loco! ¿Quisiera Ud. que yo me pusiera en peligro de envenenarme sólo por estar cierto de que son dañosos?

—¿Y Ud. pretende que me exponga á ser víctima de la ponzoña que encierra aquel libro?

Al oír estas palabras, comprendió mi amigo la moraleja y estrechóme la mano con efusión.

Ea, pues, lector prudente; dejemos á la cocinera juzgar acerca de los hongos, y á la Iglesia que juzgue y condene los libros. Muchos se han envenenado moralmente por el insensato prurito de querer juzgar por sí mismos los libros y periódicos reprobados.

TARJETAS POSTALES.

Al señor Gobernador del Distrito.

La campaña que ha emprendido Ud. en pro de la moralidad, merece una alabanza de la sociedad honrada. Pero es necesario continuarla y no fijarse sólo en determinada llaga, sino curarlas todas.

Hay en calles muy céntricas unas casas de..... comercio, en las que se venden libros, comprendidos en las disposiciones del Código Penal.

Guerra, señor Gobernador; guerra contra esos propagandistas del mal.

EL TRIBUNO.

La envidia que habla y se alborota es siempre torpe; la envidia que calla es la que debemos temer.

Huye por un momento del hombre encolerizado, y para siempre del hombre disimulado.

Estas palabras: "Sea Dios bendito," dichas en tiempo de adversidad, valen más que decir: "Os doy gracias, Señor," en tiempo de prosperidad.

A un tragacuras feroz.
Se le atragantó una espina,
Y por señas pidió un cura
Como última medicina.

Si quieres dichoso ser
Di siempre con alegría
Al despertar cada día
"Hoy seré mejor que ayer."

LOS PANTALONES.

Pretendo en este artículo disertar un poco sobre pantalones.

Aunque sin referirme precisamente, lector amigo, á esa prenda de vestir que gastamos muchos de los hijos de Adán, seamos barbudos ó barbílampinos.

Me refiero á los pantalones, pero en la acepción metafórica de esta palabra.

Cuando quien dice "*pantalones*" pretende significar algo así como virilidad, energía, constancia inquebrantable, firmeza en los propósitos y en las resoluciones, etc., etc.

Y en tal caso, veremos que los pantalones escasean notablemente.

Carece de ellos ó no los lleva bien puestos, el gobernante que no despacha con cajas destempladas á sus adúladores y favoritos.

Cuando éstos le ocultan la verdad de las cosas y contribuyen á que lo negro lo mire blanco ó viceversa; y cuando, para lograr sus fines, no vacilan en considerarlo como un hombre maravilloso, casi como un dios.

Carecen igualmente de prenda tan útil y necesaria, los gobernados que permiten que sus mandarines hagan y deshagan cuanto les viene á las mientes, sin cuidar de la felicidad del pueblo que desgobernán, porque sólo atienden al medro de sus interesantes personalidades.

Los consumidores de artículos de primera necesidad, porque no se apresuran á escarmentar á los monopolizadores sin Dios y sin conciencia.

Los que compran efectos á los extranjeros, cuando esos señores tienen á bien despreciar nuestra moneda.